

Germán Dehesa y Borges

Mauricio Molina

Toda generación de estudiantes cuenta con una mitología propia: sus profesores de culto. Recuerdo con cariño mis días en la carrera de Letras Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, precisamente porque algunos maestros se convirtieron, acaso sin saberlo, en mis ídolos secretos. Pienso en Luis Astey y sus clases de literatura medieval, en Margo Glantz y su curso de la novela de la Revolución Mexicana, las clases deslumbrantes sobre los Contemporáneos de Guillermo Sheridan, y un seminario sobre Borges impartido por Germán Dehesa, que esperábamos con fruición todos los viernes algunos iniciados.

Aquel seminario, que duraba escasas dos horas, era la culminación estimulante de una semana de trabajos y clases a menudo aburridas. Si he dicho que éramos algunos iniciados los que tomábamos el curso es por la exigencia de Germán: no bastaba con inscribirse; para quedarse en su clase había que someterse a un cuidadoso escrutinio. El rito de iniciación que utilizó Germán para escoger a los participantes en el seminario consistía en lo siguiente: debíamos anotar, en una hoja, cinco libros de nuestros poetas predilectos y otros tantos para narrativa y para ensayo. Barajar quince autores para un estudiante de sexto semestre era fácil, no así recordar sus libros. Después había que decirlos en la clase uno por uno y explicar las razones de nuestra elección. Germán no sólo estaba poniendo a prueba nuestra cultura literaria, sino también nuestro buen gusto. Algunos de los compañeros abandonaron la batalla y se fueron del salón casi de inmediato, otros aguantamos estoicamente. No recuerdo todos los libros que incluí, pero recuerdo algunos como *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes, *Paris, capital del siglo XIX* de Walter Benjamin,

Trilce de César Vallejo, *Las iluminaciones*, de Rimbaud, el *Ulises* de James Joyce, *Ra-yuela* de Cortázar y algunos libros más. Cuando los que quedábamos terminamos de leer nuestros listados, algunos estudiantes más fueron despachados del salón. Debimos de haber quedado alrededor de diez o doce alumnos de muchos más inscritos. De aquellos que lograron quedarse sólo un puñado terminamos el seminario.

Una vez despejado el salón, Germán extrajo de su portafolios un pequeño libro de Borges y leyó, con aquella su voz pausada ideal para la poesía, el poema “Amanecer”, aquel que dice en una de sus líneas: “Si están ajenas de sustancia las cosas / y si esta numerosa Buenos Aires / no es más que un sueño / que erigen en compartida magia las almas, / hay un instante / en que peligra desafortadamente su ser / y es el instante estremecido del alba...”.

La voz de Germán todavía resuena en mi memoria con la contundencia de todo lo viviente. A partir de ese momento se volvió mucho más que un profesor: fue un cómplice y un confidente. En sus clases brillaban la inteligencia, el sentido del humor y la ironía, con la que a veces nos recetaba un coscorrón cuando aventurábamos alguna interpretación absurda. Lo recuerdo también leyendo un poema de *Trilce* de César Vallejo, desarmando la intrincada sintaxis y mostrándolo en su pleno sentido como quien encuentra una joya. Poco después invitó a un grupo más selecto de alumnos a su casa de San Ángel. La única condición fue que no le propusiéramos la creación de una revista literaria. Llevábamos nuestros poemas y cuentos, que Germán destazaba con sumo placer. Por supuesto, aquella suerte de taller no duró mucho, pero la suya fue sobre todo una lección socrática: nada

de lo que saliera de nuestras plumas valía sin la crítica de los otros y la autocrítica. Al paso del tiempo aquel rigor sería una cátedra de vida.

Pasaron los años y vino a mi encuentro el escritor: dotado de una prosa brillante y plena de juegos de sentido, Germán Dehesa se me reveló como un cronista de lo cotidiano. Practicaba el difícil arte de lo que Cortázar llamaba “arqueología a domicilio”. Frecuenté con fruición sus textos sobre política, fútbol, sus recuentos autobiográficos, todos ellos escritos con el goce de la escritura y para el placer de sus lectores. Ésa es otra de sus lecciones: se escribe para los otros, aunque sea una confesión, un momento de alegría o de angustia. Germán era un hombre valiente: con el coraje de los cuchilleros borgesianos. No se arredraba para ponerle sus banderillas a políticos y gente de poder. Fue un hombre de su país y de su tiempo. Cultivó, en una literatura donde no es frecuente, el humor con maestría.

En el impresionante texto sobre su enfermedad, publicado en el *Reforma* apenas un par de semanas antes de su muerte —una brevísima obra maestra de la angustia sublimada en la escritura—, Germán expresa lo que muchos tememos nombrar: nuestra finitud, el hecho de que la única certeza que tenemos es la de nuestra muerte, “esa eterna virgen”, como le llamara Borges, y lo hizo con una dignidad entrañable, más allá de la resignación, la desesperación o el estoicismo. Escribir de cara a la muerte no es nada fácil. Se intuye en ese texto una suerte de iluminación religiosa.

Valgan estas líneas como un breve homenaje al maestro, al universitario, y sirvan para aliviar un poco el vacío que nos dejó. ■